

ACERBI, Silvia, MARCOS, Mar y TORRES, Juana (eds.): *El obispo en la Antigüedad Tardía. Homenaje a Ramón Teja*. Madrid: Editorial Trotta, 2016, 364 pp. [ISBN: 978-84-9879-626-1].

La monografía colectiva que aquí presentamos es fruto de la colaboración entre veinte especialistas del ámbito de la Historia Antigua y de la Filología Clásica, que han aunado ganas y esfuerzo para rendir un merecido homenaje al profesor Ramón Teja, con motivo de su jubilación, en 2014, como Catedrático de Historia Antigua de la Universidad de Cantabria. Es de sobra conocido, y también reconocido, que Ramón Teja es una de las personalidades que más ha contribuido a renovar y consolidar el estudio del cristianismo y de la Historia de la Iglesia en la tradición historiográfica española. Ha prestado especial atención a la figura del obispo cristiano, por considerarla «la creación más original del mundo antiguo en su etapa final y la que quizá mejor caracteriza a la sociedad tardoantigua»⁴. En sintonía con esta percepción, el volumen se dedica a analizar el trascendente papel que desempeñaron los obispos en la Antigüedad Tardía, más en concreto, en los siglos IV y V, aunque hay algunas reveladoras e inevitables incursiones en momentos previos y posteriores, una elección temática en la que se vislumbra un nuevo reconocimiento del carácter pionero e innovador que poseen las investigaciones de Ramón Teja.

Preside el volumen una cálida *laudatio* (pp. 11-35), tanto de su persona

4. Frase parafraseada por las editoras del libro en la introducción al mismo (p. 9).

como de su fecunda faceta de historiador, que ha sido realizada por José Fernández Ubiña. Este mismo autor es el encargado de abrir la serie de capítulos temáticos que conforman la obra con un texto en el que analiza el proceso que concluye con la consolidación de la autoridad episcopal al frente de las comunidades cristianas (pp. 37-51). Es lógico que se empiece desvelando cómo surge la figura a la que se consagra el volumen, aunque ello suponga sobrepasar los límites cronológicos que enmarcan la obra. Hay que remontarse al siglo II para percibir la profunda transformación que, con la implantación del denominado episcopado monárquico, se ha operado en la rudimentaria organización primigenia a medida que el cristianismo ha ido conformándose como una religión autónoma, desligada del judaísmo.

A continuación, un rápido recorrido por los concilios que se celebraron, tanto en Oriente como en Occidente, entre los siglos III y V, permite a Silvia Acerbi (pp. 53-67) desvelar cómo surgió y evolucionó tan perdurable institución eclesiástica. Inspirándose en tradiciones imperiales, la Iglesia consolidó la costumbre de abordar los problemas a los que tuvo que hacer frente mediante la reunión de asambleas conciliares, una práctica que, además de reflejar la difusión de la autoridad episcopal en todo el orbe cristiano, contribuyó a afianzarla.

Corre a cargo de Gonzalo Bravo (pp. 69-82) analizar la implicación de los obispos en los conflictos sociales de la sociedad tardorromana. Centrando su atención en los acontecimientos que acaecieron en la parte occidental del imperio romano durante la primera mitad del siglo V, este autor

revela cómo los representantes de las sedes episcopales se convirtieron en auténticos líderes ciudadanos, cuyo poder y prestigio desbancó, en numerosas ocasiones, al de las autoridades civiles.

Que los obispos dispusieran de importantes recursos económicos fue, sin duda, uno de los factores que más contribuyó a extender la influencia episcopal a todas las esferas de la vida ciudadana, un aspecto que se percibe con nitidez en las páginas que Carles Buenacasa Pérez (pp. 83-99) dedica a analizar la formación del patrimonio eclesiástico, cuya gestión figuró entre las competencias episcopales.

En el siguiente capítulo, Santiago Castellanos (pp. 101-115) aborda, de forma específica, la condición del obispo como líder ciudadano. Su atención se centra en algunos de los rasgos que también coadyuvaron a forjar el liderazgo episcopal: la elitista procedencia de la mayoría de los que detentaron el cargo, la práctica de la caridad y la defensa de sus comunidades frente a los bárbaros.

Bajo el título «*El funus episcoporum*» y la «santificación del obispo», Pedro Castillo Maldonado (pp. 117-131) se adentra en el terreno ideológico para examinar, por una lado, la configuración de un prototipo de «muerte cristiana» a partir de los decesos episcopales y, por otro, la promoción de la veneración a los obispos con fama de santidad, dos fenómenos que culminaron el innegable protagonismo que estos miembros del clero adquirieron en la Antigüedad Tardía.

Se suceden, a continuación, una serie de capítulos en los que se analiza el tipo de relación que los obispos mantuvieron con otros protagonistas

destacados de la sociedad de la época. Pablo C. Díaz (pp. 133-149) se encarga de desvelar cómo reaccionaron ante las incursiones de los bárbaros. La rigurosa elección de los cuatro términos que encabezan cada uno de los apartados en que divide su trabajo, estupor, resistencia, negociación y acomodación, le permite sintetizar, con brillante acierto, la evolución que experimentó el comportamiento de buena parte de los obispos del siglo V ante la llegada de los invasores. Con respecto a los herejes, M.^a Victoria Escribano Paño (pp. 151-168) muestra qué procedimientos emplearon los obispos para fomentar su conversión a la ortodoxia. Destaca la importancia que adquirió la delación de los propios correligionarios como garantía de autenticidad de la abjuración y forma de escapar a la dura represión penal prevista en las leyes contra los herejes. Por su parte, Raúl González Salinero (pp. 168-186) estudia la actitud que los obispos adoptaron frente a los judíos, incidiendo en que el clima de animadversión generado por la particular virulencia de la predicación antijudía, desencadenó numerosas reacciones violentas contra ellos. De poco sirvieron para contenerlas, por su laxitud, las reiteradas disposiciones imperiales que trataron de proteger a los judíos.

Resulta especialmente curioso y atractivo el siguiente capítulo, en el que Juan Antonio Jiménez Sánchez (pp. 187-200) analiza los fuertes ataques que los obispos lanzaron contra los espectáculos paganos y sus protagonistas, persiguiendo acabar con una costumbre tan arraigada, como era la de asistir a teatros, circos y anfiteatros, que podía llegar a vaciar las iglesias de feligreses.

Pasando revista a los más representativos relatos biográficos que se escribieron entre los siglos III y VI, los de Cipriano de Cartago, Basilio de Cesarea, Martín de Tours, Ambrosio de Milán, Agustín de Hipona, Gregorio Taumaturgo, Porfirio de Gaza, Germán de Auxerre y Epifanio de Pavía, Mar Marcos (pp. 201-216) nos muestra, con claridad, cuáles fueron los diferentes modelos de santidad que se elaboraron a partir de las variadas funciones que asumieron los obispos.

Dada la importancia que adquirieron las reliquias durante la Antigüedad Tardía, no podía faltar en este volumen un capítulo dedicado a analizar el papel de los obispos en la capitalización del culto a los santos. Lo realiza Pere Maymó i Capdevila (pp. 217-232), centrando su atención en la parte occidental del Imperio romano, especialmente en Roma y, más en concreto, en la actitud que Gregorio Magno adoptó en relación con estos objetos que tantos beneficios reportaron a la Iglesia.

Se insertan, a continuación, tres textos en los que se estudian las funciones que desempeñaron los obispos como jueces, como oradores y como historiadores. En el primero de ellos, Esteban Moreno Resano (pp. 233-246) analiza los distintos tipos de causas, eclesiásticas, civiles, e incluso penales con ciertas limitaciones, que los tribunales episcopales podían instruir, así como los diferentes procedimientos que en cada caso se seguían. En el segundo, Alberto J. Quiroga Puertas (pp. 247-258) recoge la opinión de algunos de los Padres de la Iglesia con el fin de mostrar la ambigua relación que la intelectualidad cristiana estableció con la retórica: aunque denostada por considerarla un instrumento alienador,

se utilizó con profusión en un periodo de constantes disputas dialécticas. Francisco Salvador Ventura (pp. 259-272) cierra este bloque temático mostrando cómo, a pesar de que la función de historiador no figuraba entre las obligaciones de los obispos, algunos de ellos contribuyeron decisivamente a renovar la forma de concebir el devenir de la Humanidad. Condicionados por las circunstancias históricas que les tocó vivir, Eusebio de Cesarea en el siglo iv, Agustín de Hipona en el v, Gregorio de Tours en el vi e Isidoro de Sevilla en el vii, transformaron la forma de escribir Historia.

Corresponde a Juana Torres (pp. 273-288) estudiar cómo se accedía al obispado y, aunque su trabajo lleva por título «Las elecciones episcopales y el *cursus honorum*», la autora demuestra que las numerosas irregularidades que se cometieron en el sistema de elección, surgido a imitación de prácticas imperiales y regulado, por primera vez, en el concilio de Nicea del 325, dieron lugar a que, en la práctica, fueran muchas y variadas las formas de acceder al cargo.

El análisis de la actividad edilicia de los obispos, que lleva a cabo Purificación Ubric Rabaneda (pp. 289-300), revela que la intervención episcopal resultó crucial para que se operase la cristianización de la topografía urbana, sin duda alguna, el rasgo más característico de los cambios que se vivieron en la ciudad tardoantigua.

En los dos siguientes capítulos se desvela que, a menudo, fueron muy tensas las relaciones de los obispos con emperadores y monjes. Margarita Vallejo Girvés (pp. 301-316) aborda el estudio de los frecuentes casos de obispos que fueron depuestos y

desterrados de sus sedes episcopales por no compartir los intereses del emperador de turno y Raúl Villegas Marín (pp. 317-334) muestra la transformación que se operó en el ideal de vida contemplativa para que, partiendo del rechazo inicial a la ordenación sacerdotal dentro de la Iglesia institucional, se llegase a formar el paradigma del «monje-obispo».

Cierra el volumen un texto de Josep Vilella Masana (pp. 335-354) en el que se pasa de lo general a lo concreto y la atención se fija en un concilio cuestionado, el de Elvira. Tras realizar un análisis onomástico y toponímico del listado de los supuestos asistentes, concluye que este sínodo, «con toda probabilidad reunido en Iliberri, debe situarse con nitidez durante el segundo o tercer decenio del siglo iv» (p. 348), en contra de la datación tradicional que lo fechaba en época preconstantiniana.

El producto final del trabajo por todos realizado supera con creces el ya de por sí noble objetivo conjunto de rendir homenaje a un infatigable y estimado profesional, Ramón Teja. La monografía resultante ofrece un completo e interesante estudio de las múltiples y variadas facetas de una actividad episcopal que trascendió el ámbito puramente eclesiástico, revelando, a la perfección, los motivos que convirtieron al obispo en una de las figuras más paradigmáticas de la transición del mundo antiguo al medieval.

También resulta encomiable la cuidada edición de un volumen que destaca por la uniformidad de estilo que posee en cuestiones formales, un mérito que deja traslucir la ardua labor llevada a cabo por las tres personas, Silvia Acerbi, Mar Marcos y Juana

Torres, que han coordinado la elaboración de esta obra.

No quiero desaprovechar la oportunidad que me ofrece la realización de esta reseña para sumarme al homenaje que se rinde al profesor Ramón Teja en las páginas del libro, manifestando públicamente mi agradecimiento a quien no ha cesado de brindarme un apoyo incondicional y desinteresado a lo largo de mi carrera profesional. Recuerdo que, un día que coincidimos en Roma, me permitió disfrutar de una visión privilegiada de la parte trasera de la serie de santos que coronan la columnata de la plaza de San Pedro. A pesar de los muchos años que ya han transcurrido desde entonces, dicha imagen aún se conserva en mi memoria, un estético regalo que también le agradezco.

Rosario Valverde Castro
charoval@usal.es